

España, no beligerante

La segunda guerra mundial en España no fue sólo el "Rusia es culpable", "el hombre que nunca existió" y que los ingleses hicieron existir en las playas onubenses, las historias de espías tangerinas y otros temas semejantes. Hay también otra historia que se va conociendo poco a poco a la luz de la aparición de nuevos documentos y de los estudios hechos sobre ellos por especialistas. El profesor Angel Viñas hizo así un definitivo libro sobre el "oro de Moscú", por ejemplo. El mismo profesor Viñas fue quien, recientemente, presentó el libro "Historia de la no beligerancia española durante la segunda guerra mundial", del profesor V. Morales Lezcano



Victor Morales Lezcano.

(Universidad Autónoma de Madrid) (1).

Ante él cabe recordar el comentario de E. H. Carr cuando escribía: "La Historia las más de las veces no descubre, sino verifica". La obra de Morales Lezcano es una obra documentada. Y a la luz de esos documentos y de su estudio expone el juego de presiones externas (alemanas, británicas y estadounidenses) que determinaron la "especial" neutralidad del nuevo Estado español, surgido tras la guerra civil, entre junio de 1940 y las postrimerías de 1943.

Presiones diplomáticas, financieras y militares para obtener de El Pardo "benevolencia" territorial, concesiones mineras, facilidades logísticas en la Península, en Canarias, en el Protecto-

(1) V. Morales Lezcano: "Historia de la no beligerancia española durante la segunda guerra mundial". Edición de la Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, 1980.

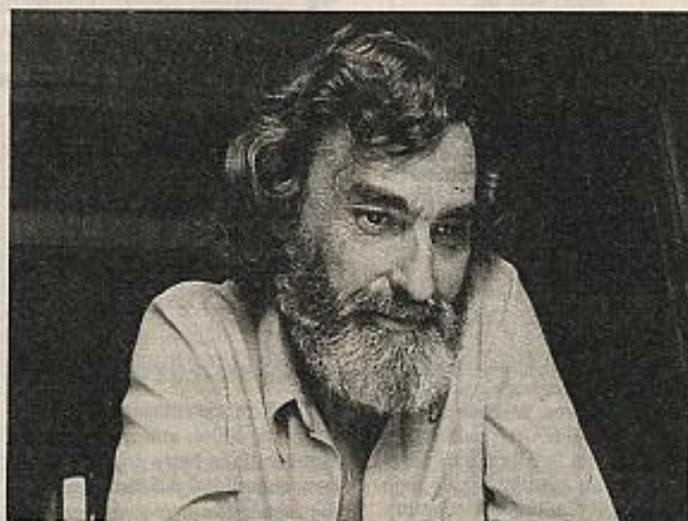
rado de Marruecos. Por ahí fueron las intenciones y a veces logros de Hitler, Ribentrop y el OKW. Asimismo en esta obra se recupera el replanteamiento obtenido por el tándem de potencias anglosajonas al transformar la guerra relámpago, soñada por Hitler, en conflicto de poder a poder. La diplomacia aliada tenía recursos de fuerza muy importantes para contrarrestar las intenciones pro-Eje de buena parte de los miembros de la Falange y de algunas personalidades. Entre ellas el control de las comunicaciones marítimas entre España y el resto del mundo e, incluso, la "ocupación preventiva" de Azores y Canarias, si hubiera sido precisa para detener la penetración nazi en el Atlántico.

Mientras transcurrieron esos años de "no beligerancia", el régimen se fue consolidando, no sin haber sufrido inquietudes por la oposición "juanista" en el interior y la oposición republicana en el exilio (Londres y México), como aquí se pone de relieve.

Esta historia, pues, no descubre, sino que confirma, documentalmente y más allá de filias y fobias personalistas, el peso de las presiones externas en la política exterior de un país ubicado en la periferia europea, bisagra entre dos mares y continentes. ■ S. G.

Una crítica radical al sistema de enseñanza

DESDE hace una veintena de años, Ignacio Fernández de Castro viene volcando su pasión intelectual y política en el análisis de los problemas teóricos y prácticos que presenta la actual sociedad española. Tras una larga evolución, paralela a los profundos cambios experimentados por el país desde los años 50 hasta hoy —cómo no recordar sus primeras obras de finales de los 50 y década de los 60, "Del paternalismo a la justicia social", "Teoría sobre la revolución", "La demagogia de los hechos", con las que influyó en las jóvenes generaciones que asomaban su rebeldía en el cerrado ambiente de aquellos años—, Fernández de Castro sigue manteniéndose fiel a la utopía revolucionaria, en el más noble sentido del término.



Ignacio Fernández de Castro.

Acaba de publicar "Sistema de enseñanza y democracia", editado por Siglo XXI, libro en el que lleva sus reflexiones críticas a las fronteras de la más pura radicalidad. Fernández de Castro había estudiado ya el sistema educativo español. En el año 1973 publicó en la editorial Cuadernos para el diálogo "Reforma educativa y desarrollo capitalista", en el que analizaba la Ley General de Educación de 1970 en base a los cambios estructurales que el desarrollo económico había provocado en España. El alcance de su última obra es muy distinto. Como él dice, "trata de tocar fondo". Es un trabajo de exploración crítica desde la hipótesis marxista de que la fuerza de trabajo es una mercancía producida por el modo de producción capitalista.

Parte Fernández de Castro de la formulación, también marxista, de que el capital es el único sujeto del poder en la democracia formal que, en definitiva, oculta una auténtica dictadura de la clase capitalista. Según esta hipótesis, los electores son meros objetos del poder, en cuanto que están alienados por el poder, lo que convierte a las elecciones en consultas engañosas, en las que el poder se consulta, a fin de cuentas, a sí mismo. El capital-poder se apropia tanto del medio material no humano como del hombre (fuerza de trabajo). Esta última "ocupación" o apropiación la realiza a través, entre otros medios, del sistema de enseñanza, que resulta ser una específica acción del poder.

Apoyándose en estas premisas, el autor aplica su análisis teórico a los niños, a la familia, a los enseñantes y a la ciencia, componentes a través de los que actúa el poder para imponer sus reglas de juego, sus normas de integración social y de identificación con el esquema de valores de la "dictadura capitalista". Los diversos ingredientes que confluyen en el sistema de enseñanza actúan con un neto carácter ideológico, incorporando a los alumnos una "cultura" que se identifica con los designios del poder, con el orden capitalista dominante, y desarrollan en los niños a lo largo del proceso de enseñanza comportamientos que interesan al poder-capital.

Desde esta perspectiva, estima Fernández de Castro que la polémica escuela privada-escuela estatal es falsa y poco convincente, ya que la alternativa al actual sistema —sea la escuela pública o privada— "ha de pasar por la organización de la liberación, la lucha contra la 'ocupación' o apropiación del medio humano por el poder-capital, la destrucción del sistema de producción de este medio en que consiste el sistema de enseñanza".

Tras poner patas arriba a todo el sistema de enseñanza y a cada uno de sus elementos integrantes —mi mayor objeción al libro es la de su unilateralidad en el análisis de un fenómeno, el sistema de enseñanza, que es polivalente y presenta también otras vertientes y potencialidades distintas a la de ser un mero instrumento del poder—, Fer-

nández de Castro se detiene "en el límite donde termina el poder y su discurso, su ciencia, su orden, y donde todo puede adquirir un nuevo sentido, porque todo es caos, infinitas secuencias de posibilidades diferentes, donde la teoría tiene que adentrarse para reconocer entre ellas la utopía revolucionaria, la práctica de sobrevivir sin renunciar al placer, la economía de la satisfacción, el ecosistema de la especie".

El libro no trata de establecer conclusiones, sino de iluminar premisas. No llega a asomarse al campo de las alternativas. Ello no obsta para que sea valorado como una aportación válida a la crítica del poder, en la que se centra, y de su sutil impregnación ideológica de los mecanismos de enseñanza. ■ FELIX SANTOS.

Relatos de los mares del Sur

NO dejaba de tener atractivo para el hombre blanco los mares del Sur. Estaban lo suficientemente lejos de la "civilización" como para ser un buen refugio. En aquel tiempo del siglo XIX, el occidental, con un pasado que olvidar o un futuro que labrarse y con el inevitable mínimo afán de aventuras, acababa recalando en una de las innumerables islas exóticas de Polinesia.

Aquellas tierras estaban lo suficientemente vírgenes como para dar una oportunidad al occidental que supiese aprovecharla. Uno podía rehacerse totalmente, volver a ser un hombre íntegro o, por el contrario, hundirse definitivamente. Salir a flote dependía todavía de la voluntad de uno mismo.

Aquejado de una grave enfermedad pulmonar, un inglés, uno más de aquellos hombres blancos que abundaban, intentó, en los últimos años de su vida, olvidar su falta de salud, recorriendo isla tras isla. Se llamaba Robert Louis Stevenson y los indígenas que, por supuesto, no habían leído aquellas narraciones que nos hace hoy inolvidable su persona, bien pronto le calaron. Le conocían por "Tusitala", el que cuenta historias. Stevenson, con la vista puesta en el mar que amó, murió allí, en sus islas, en 1894. Y allí está enterrado.

El, que había escrito tantos relatos, todavía tuvo fuerzas, antes

de morir, para escribir una última historia, esta vez en colaboración con su hijastro, Lloyd Osbourne. Tuvo varios títulos hasta encontrar el definitivo: "Bajamar" (1).

Cuatro años tardaron padre e hijo en acabar esa historia de tres fracasados, al que el destino les da la oportunidad, si saben

(1) Libros Hiperión, Peralta, Madrid-Pamplona, 1979, traducción y notas de Ramón García Fernández.

aprovecharla, de rehacer sus vidas. Sólo uno, el "más" protagonista de los tres, saldrá triunfante en la empresa.

El escenario de la novela son los mares del Sur; los canacos, los habitantes de las islas, son la comparsa; en primer plano, el hombre (blanco) ante su destino. El que se esfuerza, triunfará; el que no, se hundirá. Mientras que escribía "Bajamar", Stevenson pensó que no valía la pena. La acabó, la releyó y le pareció ex-

celente. Dijo de ella: "Quedará a mitad de camino entre 'El doctor Jekyll y mister Hyde' y 'La isla del tesoro'". Pero, el lector, admirador de Stevenson, con el recuerdo impercedero de estas dos grandes novelas, se sumerge en "Bajamar" demasiado confiado. E, impresión personal, sale un tanto decepcionado. La sed de aventuras esperadas no queda del todo saciada, aunque no acaba nunca "Bajamar" de dejar de interesar.

ADIÓS A LAS LETRAS

Lunes ya no es lunes

ANTES, uno se despertaba los lunes con el exabrupto de Carmen Martín Gaité.

Ella miraba desde el fondo de la miopía que disimula, se levantaba sobre la frente el pelo blanco de su particular cabeza y lanzaba a favor del lector todo lo que contra él tenía.

Era la suya una literatura de lunes. El lunes jamás volverá a ser igual sin ella. Y es un asunto serio. Chocaba contra todas las convenciones del lunes: la suya no era una crítica literaria de carácter quinielístico, porque no escribía para apostar.

Escribía para estar, para decir dónde estaba. Era como el farol rojo en medio del océano de palabras convencionales que se escribe el resto de esta semana de domingos que uno vive permanentemente.

En solidaridad se ha ido. Su despedida ha sido la de una escritora, porque se ha ido en solidaridad.

Resulta que ella llevaba la crítica literaria —los lunes, he querido decir— del periódico cotidiano *Diario 16*, desde que este medio empezó a publicarse hace tres años. Hubo problemas empresariales y, como siempre ocurre, el empresario decidió que había que cercenar la cabeza del periódico.

En ese trance cayó Miguel Ángel Aguilar. Todos le homenajearon; recordaron viejos tiempos juntos; le ofrecieron la llamada de la admiración final. Pero había que seguir viviendo. En esto, la autora de *El cuarto de atrás* se soltó las ataduras y se dijo ¡qué val, yo también me voy.

Por ese sistema en el que la empresa pone el grano de arena que es preciso para acabar de

complicar el engranaje de la vida, España ha perdido una de las mejores críticas literarias que se ha merecido últimamente.

Como este es un país que llora sólo cuando no se merece el llanto, ahora estarán llorando esta falta. Pero da la impresión de que a Carmen la cuestión le tiene sin cuidado.

Parece tan tensa y todo da la impresión de tenerle tan sin cuidado. La vi un día llorar para decir que no era de este mundo, que a ella no la compraba ni la coca-cola de la edición multinacional. Y se tocaba entonces con el bordado oscuro de una mantilla española. Lo suyo es decirlo todo pareciendo que pide perdón por decirlo.

Muchos de sus criticados habrán respirado tranquilos. Pero en cualquier momento puede resurgir. Lo suyo es despedirse y volver, al contrario que Neruda, que prefería amar y despedirse. Carmen es al contrario: despedirse en su forma de amar. ■ SILVESTRE CODAC.

Carmen Martín Gaité.

